

## Luz y memoria

Antonio Cajero

...salvar la luz del sótano  
quemar  
el tejido de las horas.

FERNANDO VIZCARRA

“Sueñas la luz/ y nace mi palabra/ para decir lo que no soy:/ las calles que agotaron ecos/ entre la voz de un canto”: estos versos de Javier España ilustran el contenido de un texto lejano, acaso desconocido para el poeta quintanarroense: *Luz como una insinuación*, de Porfirio Hernández. En este último poemario de Porfirio Hernández la luz es apenas una brasa, un resplandor tenue que, como tras de un biombo, lánguidamente recorre la memoria del cuerpo y la conciencia: “hundido en la piedad”, desde ahí el poeta intenta salir a la brillantez del día y, agónico, trepa el sonido, la sílaba, la palabra; se aferra al lazo tendido entre voz y silencio, hasta que anuncia: “y no estoy lejos de la entrada al mundo”.

En *Luz como una insinuación* existe un itinerario de doble fondo:

1. Por un lado se advierte un sentimiento de inexistencia y desmemoria que el poeta enfrenta a golpe de palabras; al final recupera, *se recupera*, a través de su propia voz, único enlace del poeta con el mundo.

En el poema “De lo real” la conexión entre las estancias olvido-recuerdo queda al descubierto: “Me he quedado sin memoria, ya lo has visto, pero tengo un recuerdo vacilante en medio de los libros”, un hilo apenas sostiene al poeta, “recuerdo vacilante”; “es fácil decir que no tengo memoria, pero la guardo en mí, para mí y a mi derecha. Desde mi nacimiento. Es cuna de dolor vuelta de sangre. Es la libertad y es la muerte”. Con la memoria *resguardada* —¿y no es, entonces, el olvido?— desde el nacimiento el poeta, sinécdoticamente, representa la conciencia de la humanidad finisecular; más vale una memoria enterrada que los recuerdos sueltos por las calles.

Al menos el lenguaje permanece de pie, erguido sobre su propia fortaleza, desdice al poeta interrogante: “¿En qué momento de la letra tuve un parto de sangre?” Otra vez la luz se insinúa por medio del sonido, en los significados del sonido articulado.

Aunque concluye luego la odisea memorística de *Luz como una insinuación*, la voz no calla, esperanzada en medio de la búsqueda azarosa, donde todo es tiempo y perpetuidad, concep-



ción y conceptualización: “Detenido estoy mas despierto en la mitad de un mar profundo, sin prisa. Regreso, vivo, sobre un retazo de fieltro. *Nado con las dos manos amarradas*”. Robinson ante el umbral del mundo, Raskólnikov sobre la ciudad, desafiante, lanza su reto. Porfirio Hernández también anuncia su propio *renacer* ante el espejo borroso de la memoria cautiva: “siento que no estoy lejos de la entrada al mundo”.

2. Por otra parte, una gramática del cuerpo se desvela poco a poco, poema tras poema; además, un símbolo recorre el poemario: el árbol cuyas raíces crecen conforme la lectura avanza; el árbol deviene bosque; troncos, ramas, hojas, como el árbol lingüístico: lengua humana abierta a todos, la del cuerpo y la del verso. Así este libro se dice, se lee a sí mismo. En Porfirio

Antonio Cajero. Poeta. Licenciado en Letras Latinoamericanas. Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial la Tinta del Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.

Hernández la pre-ocupación poética permea la mayor parte de su obra: palabra y silencio, hombre y signo, poeta y poesía (el poema, a veces), son ideas reiterativas en la lírica de este poeta jalisciense.

Volvamos a la imagen del árbol y sus implicaciones semánticas; en *Luz como una insinuación* la voz trastabillante de los primeros versos culmina en un grito, un bosque, un cuerpo de palabras: “En las botellas hay palabras repetidas. Bebo de mi vaso la sangre que me nace. A un compás brotan las gotas de mi cuerpo, brotan, ya agotadas. En la paz del sepulcro donde duermo extendiendo el brazo en el que sueña el descendiente, basto (sic) de faltas ortográficas o de menudas líneas que recuerda el César. No es nada, sólo mi cuerpo de palabras, cuyo orden es más obvio que sus componentes”.

La angustia, tan inherente al hombre –como dijeran Sartre y Unamuno–, afila los dientes y muestra sus obras en la poesía de Porfirio Hernández: insomnio, desvelo, desaliento, sombras y, al final, lucha, porque el poeta sabe que la vida es un compromiso, una pelea consigo mismo y con los otros.

El árbol que se insinúa en la segunda parte de *Luz como una insinuación* crece, hasta confundirse con el sujeto lírico: de este árbol que “es apenas un árbol”, “madera oscura en tierra fértil”, hasta la metáfora que funde objeto y sujeto: “Tengo en las heridas de mi piel un musgo ocre”. Luego viene el “bosque profundo”, la imagen del sujeto “sellada en el silencio de los árboles”: “Casi es madera ámbar, ámbar solo, palpitante, a punto el grito de la entraña como una gota fría”. Entonces, cuerpo humano, lengua y árbol son uno mismo: milagro poético en que los significados se multiplican.

En *Luz como una insinuación* el lector sigue el verso rítmico, se anega e imágenes contundentes donde la sílaba, el sustantivo, el estilo, el significado y la palabra se mezclan con las vísceras, con la sangre derramada en cada verso.

Algo que debo agregar, y no para demérito de la poesía de Porfirio, resalta como un agujón en el ab-uso de términos como “puntual”, o su pariente “a punto” o “certeza” y “certidumbre”; ¿faltó tiempo para pulir los textos? ¿Es un hecho intencional? Si fuese esto último, mi observación sobra: el poeta sabrá por qué unas expresiones y no otras.

Otra anotación, la última: en ocasiones una voz monotonal abarca poemas enteros, hasta que una línea, un verso, rescata al poema; éste, aunque un juego peligroso, es un reto para el poeta: Fénix que de sus cenizas levanta el vuelo. Así Porfirio.

Esta visión apresurada de *Luz como una insinuación* muestra apenas los rasgos generales del poemario: Los lectores, seguramente, encontrarán no sólo la insinuación sino la brillantez de la luz: claridad que Porfirio funda en la palabra.Δ

Porfirio Hernández, *Luz como una insinuación*, CTE/H. Ayuntamiento de Toluca, Col. Becarios, Toluca, 1994, 52 pp.

